

Réquiem por Bosnia

Libros Por Mercedes Monmany.

«Creo que los científicos extranjeros vendrían a Bosnia a estudiar el odio, como estudian la lepra, si el odio se pudiera separar y clasificar como objeto de estudio igual que la lepra.» El odio, esa maldición de los Balcanes, se convertiría en uno de los ejes narrativos que sostendrían la magnífica obra de Ivo Andric (1892-1975), único Premio Nobel de Literatura en lengua serbia de la Historia, siempre pendiente de descubrir por el gran público europeo y muy ligado biográficamente a España: estuvo destinado como diplomático en Madrid en el período de entreguerras y más tarde le dedicó una obra a Goya.

Nacido de padres católicos en Trav-nik, capital bosnia durante el periodo otomano, el escritor pasó su infancia en Visegrad, en la frontera del Imperio Austrohúngaro y Serbia. Heredero natural de Tolstói y Balzac, Andric crecería en medio de un espeso tejido claustrofóbico, indistinguible para los de fuera, formado a partes iguales e inextricables por sedimentos históricos, caracteres étnicos, culturales y sentimentales, y por las luchas que periódicamente sacudían su querida y atormentada tierra natal, poblada por católicos, ortodoxos, musulmanes y judíos. Bosnia se quedaría para siempre como su mejor observatorio y como una constante y rica inspiración en su calidad de poeta de un espacio, político defensor de la unidad yugoslava y fino y agudísimo cronista de los múltiples fracasos anunciados, tras cada una de las sucesivas dominaciones.

Tragedia autodestructiva. Su utopía privada de reunir a todos en una misma tierra y bajo una misma bandera, alejada por fin del fanatismo, le hizo renunciar voluntariamente a su origen croata familiar, declarándose serbio e instalándose en Belgrado, durante la época de Tito. Aunque admirado y respetado, nunca llegaría a contentar a nadie en una tierra acostumbrada a la sospecha y al gusto por la diferencia: los croatas le acusaban de haber traicionado a su propia nación y los nacionalistas serbios de resistirse a una total y entregada serbización. Por otro lado, los

nacionalistas bosnios de confesión musulmana siempre le reprocharían la descarnada descripción hecha en su obra de los suplicios infligidos a la población cristiana durante la época de la ocupación turca.

Andric llevaría grabada siempre en su piel la tragedia autrodestructora de su tierra. Conocedor al milímetro de cada palmo de la Historia, las diferentes religiones y tradiciones, los traumas, acontecimientos, persecuciones, guerras, odio y rencor acumulado y transmitido a través de generaciones, la visión desesperada de su tierra atravesaría toda su obra, como se observa en un pesimista y espléndido relato, «Una carta de 1920», perteneciente a *Café Titanic* (y otras historias).

Cuatro veces más amor. En este impresionante y concentrado réquiem o lamento del fracaso del humanismo en esos fieros y a la vez privilegiados enclaves, a mitad de camino entre Oriente y Occidente, Andric retrataba, a través de la conversación mantenida por dos amigos en una estación durante la época de entreguerras, también a muchos de sus antiguos compañeros de idealismo. Una conversación que giraba en torno a la casi imposibilidad en esas tierras de una labor normal ejercida por intelectuales y hombres de cultura cosmopolita, que apaciguaban ánimos y llamaban a la razón, pero que muchas veces eran empujados al exilio por pura desesperación: «En esta tierra atrasada y pobre, en la que viven apiñadas cuatro religiones, debería haber cuatro veces más amor, comprensión mutua y tolerancia que en otros países. En Bosnia, por el contrario, la incompreensión que a veces se transforma en odio abierto es casi la característica general de sus habitantes? En una tierra como Bosnia, el que no es capaz o, lo que es peor, el que conscientemente no quiere odiar, siempre es un poco extranjero y un degenerado, y con frecuencia un mártir».

Andric dedicaría una parte importante de su obra a los judíos sefardíes, en especial a los de Sarajevo, como se demuestra en el relato o reflexión que abre el libro, «En el cementerio judío de Sarajevo», pero también en el magnífico y terrible cuento que lo cierra, «Café Titanic», ambientado en los días del Holocausto. Una aniquilación, la de los judíos, desarrollada en aquella zona a través de la perfecta coordinación de nazis y feroces ustachas croatas, que saqueaban, expoliaban, torturaban, hasta la final deportación hacia los campos de exterminio: «Siempre quisieron vivir, y siempre en el curso de su difícil historia les arrebatában algo de su existencia. Pero los últimos les quitaron la vida».

